

La **importancia** de difundir el papel de las **UNIVERSIDADES PÚBLICAS**

Enrique Suárez Íñiguez

En los países avanzados hay un gran reconocimiento a la labor que realizan sus universidades y, por ende, a sus académicos. La sociedad considera con respeto a sus profesores universitarios, y se entiende, más o menos, la importancia de su labor. Así sucedía en México cuando ser profesor universitario significaba ser un *catedrático*, y el solo término implicaba distinción y reconocimiento social.

A partir de los años setenta, cuando la matrícula universitaria creció desmesuradamente, las universidades tuvieron que improvisar personal docente. En la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), por ejemplo, surgió un personal académico que, en parte, provenía de los que fueron estudiantes durante el movimiento estudiantil de 1968. Algunos se habían formado académicamente de manera seria: habían salido a realizar posgrados en Europa o Estados Unidos, o habían continuado aquí su formación. Otros eran estudiantes radicalizados que llevaron esas posturas a las aulas, estableciendo nuevas formas de relación profesor-alumno, un nuevo comportamiento y una forma de vestimenta informal que los hizo atractivos a los estudiantes que simpatizaban con posiciones radicales y que los sintieron de su lado. Muchos de ellos no tenían la preparación suficiente, y confundieron el aula con el ágora; la libertad de cátedra con la propaganda ideológica. Esto fue notorio en los Colegios de Ciencias y Humanidades (CCH), aunque de ahí también salieron estupendos estudiantes, sobre todo las primeras tres generaciones (1974, 1975 y 1976).

Por esos mismos años, la UNAM vivió una serie de huelgas, paros y movimientos sindicales que la afectaron profundamente. Algunos medios de comunicación aprovecharon estos elementos para desprestigiarla, por razones de dudosa índole. En otras universidades públicas también hubo movimientos. Como consecuencia de todo esto, el prestigio de esas universidades y de sus académicos se deterioró de manera importante. Era frecuente, por ejemplo, que en una reunión social, al encontrarse algún conocido le preguntaran a uno, “¿dónde estás?” (pregunta por demás significativa, no “¿qué haces?” o “¿a qué te dedicas?” sino *dónde* te ubicas), y al contestar uno que en la Universidad, la pregunta que invariablemente seguía era “¿y dónde más?”, como si la labor universitaria fuera cosa de poca monta e implicara una dedicación mínima.

En los últimos años esta situación, por fortuna, ha ido cambiando. La sociedad conoce mejor la labor de las universidades públicas, los medios de comunicación son más abiertos y ha habido menos desórdenes en el campus (con la excepción de la larguísima huelga de 1999 en la UNAM, que además de los daños intrínsecos pareció regresar a viejos tiempos y dar motivo a los enemigos de la universidad pública para atacarla de nuevo).

Más recientemente, la imagen de la UNAM, en particular, ha mejorado significativamente, especialmente por haber sido considerada entre las 100 mejores universidades del mundo por la prestigiosa y reconocida investigación que realiza el diario *The Times*, de



Londres, la cual fue ampliamente difundida en los medios de comunicación mexicanos. Nótese que escribí “la imagen”, pues la labor que realiza esta casa de estudios es la misma de siempre; pero necesitamos difundir mejor, mucho mejor, la labor de las universidades públicas, no sólo de la UNAM. Es imperioso, si queremos volver a tener el reconocimiento y el respeto sociales que alguna vez tuvimos, y que las universidades de países avanzados han sabido conservar.

A menudo me he preguntado por qué las universidades públicas no difunden mejor lo que hacen, y por qué cuando lo hacen es de poco alcance. Por ejemplo, la UNAM, hace años, realizó un documental titulado *Esto es la Universidad*, dirigido por Alfredo Joscowicz, que es excelente. El documental da una visión amplia y maravillosa de lo que es la UNAM, pero casi nadie lo conoce. Lo pasaron hace mucho tiempo en algún canal televisivo, probablemente en horarios que poca gente ve y, hasta donde sé, no lo han vuelto a pasar. De esa forma, el extraordinario trabajo realizado y el gasto efectuado se pierden.

Cierto que aparecen páginas de labores de difusión en algunos periódicos, pero debemos buscar más y mejores medios para difundir lo que hacemos. El caso del documental citado es un buen ejemplo, si se le diera la debida difusión.

Los académicos podemos contribuir de muchas maneras a difundir lo que la universidad lleva a cabo. Por ejemplo, hace algunos años publiqué un trabajo sobre la investigación de las universidades públicas en los estados, en los diferentes campos de la ciencia, en

donde resalté, con ejemplos, la extraordinaria contribución que esas universidades están realizando para resolver problemas fundamentales a nivel local, regional y nacional (Suárez, 2001). Cada uno de nosotros podemos contribuir con nuestro granito de arena en la labor que aquí propongo, pero lo decisivo será que se diseñe, por parte de las autoridades de las universidades públicas, una política de difusión amplia y bien elaborada, poniendo énfasis en la vinculación de esas universidades con la sociedad.

Ahora bien, esa difusión debe hacerse con la seriedad de una institución educativa, y con la mesura que la decencia permite. No es correcto alabarse a sí mismo. Se trata sólo de describir, no de calificar. No debemos caer en lo que los gobiernos de nuestro país han hecho en los últimos sexenios: campañas de publicidad –con el dinero de los mexicanos– para señalar “lo bien” (sic.) que hacen las cosas.

La difusión que propongo es necesaria al menos por tres razones: primera, para que la sociedad conozca lo que la universidad pública realiza, y la trascendencia e importancia de su labor (en docencia, investigación y extensión de la cultura); segunda, para que, conociéndola, sepa que está justificado el apoyo que le brinda; y tercera, para contrarrestar las campañas de desprestigio y los ataques que, de tiempo en tiempo, surgen contra ella. La universidad pública en México tiene una relevancia que la sociedad debe conocer.

Enrique Suárez Íñiguez es doctor en ciencia política, profesor titular “C” definitivo en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Investigador Nacional Nivel III, miembro de la Academia Mexicana de Ciencias. Medalla Raúl Cardiel Reyes en Ciencia Política. Biografiado en *Who’s Who in the World* 2007 y 2008. Áreas de investigación: Filosofía política clásica y contemporánea, y teorías sobre la democracia.

esiiguez2002@yahoo.com.mx



Lectura recomendada

Suárez Íñiguez, Enrique (2001), “La investigación en las universidades públicas estatales”, *Estudios políticos*, Sexta época, núm. 28, septiembre-diciembre.